

crótica, era España con sus legiones de hombres vigorosos, audaces y relucientes de hierro y sudor. El masoquismo era la tierra india, la cultura todavía idílica del mexicano primitivo, el estadio femenino de la evolución indígena y hasta los mismos habitantes de México vestidos con telas policromas y suaves y todavía muy pegados a la tierra fecunda; como hembra amorosa.

Fué lo español el germen masculino —móvil como éste, activo y pequeño—, que se unió al germen femenino del hombre primitivo y su tierra pasiva y acogedora. No es una simple coincidencia el hecho de que esta unión se realice bajo el signo de la liturgia de una ceremonia en la que se advierte, inequívoco, el carácter sexual: la quema de los pies de Cuauhtémoc. La unión fué violenta; no deseada ni consentida, desembocó en el cauce de la sumisión, solamente cuando la fuerza del conquistador, impetuoso y brutal, se impuso. Pero ¿acaso no se advierte —siquiera sea bajo la forma de símbolos y sublimaciones— idéntica lucha, igual resistencia femenina, en todos los ayantamientos humanos? ¿Pues qué otra cosa son las ceremonias matrimoniales, ya se hagan al amparo de la epístola de San Pablo, ya al de las palabras de Melchor Ocampo, sino residuos de las violencias y holocaustos primitivos disimulados por la civilización?

De la conjunción de las dos razas nace el mestizo. Fruto de la violencia española y el desesperado resistir indígena, exhibe en su vida el trauma psicológico de quienes son rechazados, parejamente, por sus propios engendadores. Pero a medida que la conciencia del mestizo se ensancha, a la par de su crecimiento en número, opera una doble influencia sobre los estratos sociales que le circundan: por un lado indigeniza a los criollos y por el otro españoliza a los indios de silenciosa presencia. Así, el mexicano desde su nacimiento lleva en el inconsciente la huella de un trauma psíquico que con el tiempo ha de emerger bruscamente, invadiendo lo consciente, en la forma convulsiva de la guerra de Independencia. Esta, en términos psicológicos, es la protesta contra el poder paterno —en el caso España— que usurpa las dulzuras del seno maternal al que todo hombre se siente inclinado porque en él no le alcanzan las penas ni las duras realidades.